

BOULEVARD
CHILE
S. O. O. N.
MAYOR PERIODICOS Y
REVISTAS CHILENAS



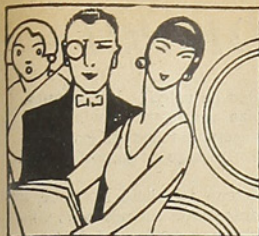
PARA TODOS

N.º 96

\$ 1. 20

Pepe de Sisti

HECHO EN CHILE POR
UNIVERSO



PARA TODOS

REVISTA QUINCENAL

ANO IV NUM. 96
Santiago de Chile, 9 de junio de 1931
Es propiedad de la Empresa «Zig-Zag», perteneciente
a la Sociedad Imprenta y Litografía Universo.



La Doctora ERNESTINA PEREZ y las profesiones femeninas

La doctora no estimula a las jóvenes para que abracen la profesión de médica, difícil, escasamente lucrativa, y contraria en general al temperamento de la mujer.

Voy a ver a la doctora Pérez de quien soy amiga, después de su llegada de Europa. La doctora, que ha cumplido sesenta años, viene de hacer su sexto viaje de estudios al Viejo Continente. La encuentro sin cambio alguno. Joven, tersa la piel y vivos los ojos negros, no representa la edad que asegura tener. De una sorprendente agilidad y viveza, es capaz de hacer envidiar a una muchacha el excelente aspecto de salud que ostenta.

—¿Qué tal, doctora?
—Esta vez se queda aquí, o se marcha?

—Me quedo un tiempo, pero si hay salud y no me falta dinero, no será mucho. He ido a Europa seis veces, y no conozco España. No sé por qué no he llegado hasta allí. Es un país que me interesa.

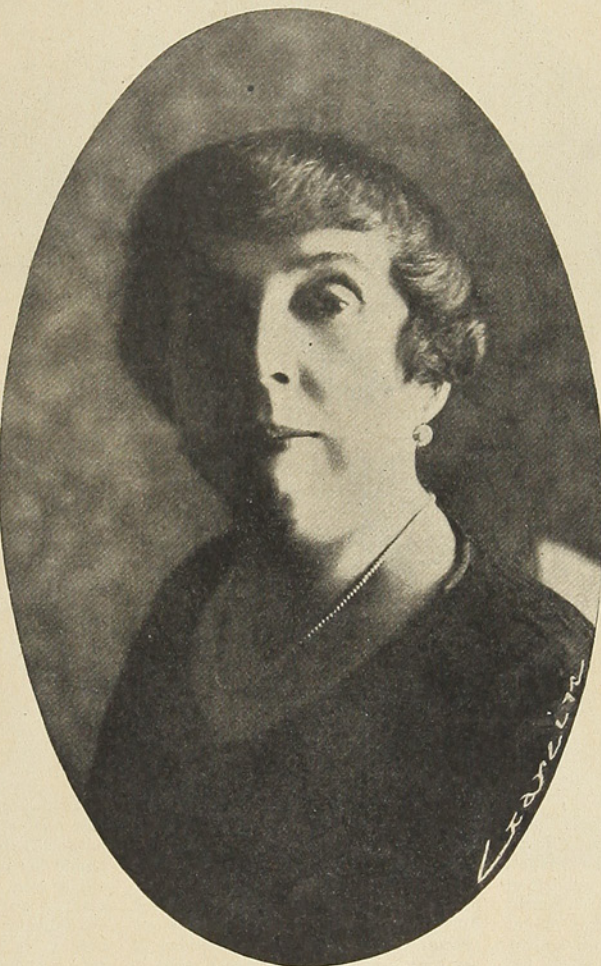
—Doctora, quiero que me hable de su profesión. ¿Está satisfecha de ella?

—Sí, nunca me he arrepentido hasta ahora de haberme titulado de médico.

—Eso quería saber. ¿No encontró tropiezos en sus estudios, siendo como es que fué usted la primera muchacha que se tituló de médico en el país?

—No fui la primera. Eloísa Díaz me llevó cuatro días de ventaja, pero en fin, tanto da. No tuve tropiezos, al contrario. Alumnos y profesores fueron muy buenos conmigo.

—¿Siguió usted medicina por amor



a la carrera misma o por otra razón cualquiera?

—Sólo porque me interesaba sobre todas las demás.

—Pero vamos al objeto principal, para mí, de esta conversación. ¿Le aconseja usted a las estudiantes, como buena y lucrativa la profesión de médico?

—Buena sí, pero lucrativa... no se la aconsejo a nadie. Ni a las mujeres, ni a los hombres. Yo cerraríala por cinco años la Escuela de Medicina. Hay demasiados médicos en el país y su aumento, hace difícil la profesión para todos.

—De modo que...

—No le aconsejo a ninguna mujer que siga la carrera de médico.

—Pero usted dice que en ella le ha ido bien, que usted no se arrepiente.

—Yo soy una excepción. Recuerde usted que fui la primera, o casi; que he ido a Europa seis veces... No todas pueden hacer lo mismo que yo. He hecho estudios en Alemania, En Francia, en Suiza. Es diferente.

La doctora Pérez no quiere declarar, por modestia, que, probablemente su especial talento tiene mucho que ver en ello también.

—Por lo general — agrega — prefiero que la mujer no trabaje. La mujer tiene bastante con la casa y los hijos que, ¡vaya si constituyen una labor! Una casa amable, unos hijos bien tenidos, bien educados por su propia madre, ¿habrá mejor? No me gustan las institutrices aunque usted tenga una para sus hijos... Pero tenga usted en cuenta y también

las jóvenes que van a leer a usted que, el que diga yo que prefiero a la mujer en su casa, no quiere decir que la prefiero ignorante. No hay profesión más difícil que el lograr, hacerse una madre hábil, comprensiva, inteligente, para mantener una sagaz concordia con los caracteres siempre distintos y a veces,

(Continuación de la página 1)

LA DOCTORA ERNESTINA PEREZ Y LAS PROFESIONES FEMENINAS

opuestos de los hijos. La cultura sirve para todo y no es la madre a carecer de ella. Pero ojalá la mujer casada y madre no trabaje, aunque en la edad de sus estudios se quiera adornar con el lujo nunca superfluo, de un título profesional. Mire usted — me agrega con cierto misterio la doctora — he observado una cosa: es muy corriente que cuando la mujer trabaja el marido trabaja menos y entonces la mujer tiene que cumplir un triple esfuerzo, ya que su trabajo, es siempre peor remunerado que el del hombre. Y eso es demasiado. Su salud padece y al fin decae. No lo olvide usted: los polos opuestos, el sexo y la cabeza, no pueden, no deben trabajar simultáneamente. Esto es, en muchos casos, la única causa de la esterilidad.

—A propósito, se me ha dicho que usted trae un sistema...

—Sí, y de primer orden, quisiera decir infalibles, pero sería mucho decir. He logrado éxitos sorprendentes hasta después de 20 años de matrimonio estéril.

—¿Qué buena nueva va a ser esta para muchas mujeres! Pero volvamos a lo nuestro. Estoy con usted en aquello de que las mujeres casadas y felices no deben trabajar. ¿Pero las solteras y las no felices?

—Muchos son esos casos, es verdad, aunque debemos considerarlos excepcionales. Entonces me gustan las carreras que pueden ejercerse en casa, por ejemplo, farmacia, dentística. El médico tiene que hacer visitas a la calle, de otro modo no ejerce del todo su profesión, y el callejero obligado me parece nefasto para una mujer.

—¿Dónde estuvo usted en este viaje, doctora?

—En Francia, Suiza, Alemania. En Suiza conocí al célebre doctor Roux, en Lousanne. Fué una casualidad.

—Debe ser interesante. Cuente usted.

—Interesante desde el punto de vista que deparó mi buena suerte, la dicha de salvar la vida a una compatriota.

En el hotel donde me hospedaba había chilenos muy distinguidos. La esposa de uno de ellos, joven muy bonita, con quien había trabado amistad hacía poco, padecía una hemorragia en circunstancias en que la atención de un notable médico. El accidente le ocurrió en un café. Salí de allí como pudo, se fué al hotel y se metió en cama. Esa tarde fui a visitarla sin saber nada. Me hizo pasar y me contó lo ocurrido advirtiéndome que no estaba bien y había mandado llamar al doctor Roux. Hablamos un poco, luego noté que decaía: le sobrevino una fatiga y alcanzó a decir, me muero. Espantada, le tomé el pulso, que se hacía cada vez más rápido y pequeño. Sin recursos para atenderla llamé solicitando una taza de café, pero el mozo tardaba y la señora se me moría entre las manos. La descubrí y advertí que se trataba de una violenta hemorragia. Desesperada, le quité las almohadas y levanté sus pies cuanto me fué posible, mientras ella, que había vuelto en sí, me indicaba un botiquín donde había gérmenes e inyecciones. Corrí hacia él, desatentada, pero no encontré tal cosa y la señora caía de nuevo en un espantable sopor. Me encomendé entonces a San José, no se ría, soy muy devota, y mi amado Santo no defraudó mis esperanzas. Fui al cuarto de baño y vi con letras enormes, yo, que soy miopía, un frasco donde leí "adrenalina". Lo cogí y vertí en la boca de mi enferma 15 gotas y pocos momentos después tuve el inmenso alivio de verla abrir los ojos y decirme con voz muy débil, "estoy mejor". El café había llegado. Se lo di a tomar a cucharaditas y noté que su pavorosa palidez empezaba a cobrar color. En esos momentos el doctor entró. Era un hombre alto, de agria fisonomía. Me miró con mirada interrogante. Le expliqué lo que había pasado y lo que yo había hecho sin decirle que era médica.

Para Todos—3

No contestó, y yo, sin que él dijera una palabra, y adivinando su pensamiento por un fenómeno de telepatía o un prodigio de intuición descubrí a la enferma y con sumo cuidado le puse medias y zapatos procurando no moverla. Ajusté lo mejor que pude sus ropas de noche y la cubrí con un suntuoso abrigo que encontré por ahí abandonado sobre una silla. Ordené entonces al marido, que había llegado con el médico, que la cogiera por los hombros. El médico la tomó de los pies y la condujeron hasta el auto de Roux, que esperaba a la puerta. De allí a la clínica y en la clínica la operación salvadora. Pocos días después la enferma reposaba tranquila en el hotel y me decía:

—Hoy viene el doctor Roux. Quédese. El tiene vivos deseos de conocerla, como que le debe la vida de una cliente. El no sabía que usted era médico y dijo a mi marido después de aquel accidente: "¿Y quién era esa providencial señora que estaba con mi enferma esa vez y que hizo exactamente lo que yo mismo hubiera hecho?"

—Esa señora es médico. Chilena, como nosotros.

—¡Médico! ¡Ah! ¡Por eso! Ya me maravillaba yo de tamaña habilidad. Pero debo conocerla, debo darle las gracias. ¡Presénteme a ella!

Aquel mismo día lo conocí. La fisonomía agria de Roux se distendía en sonrisas amables. Fuimos muy amigos. Gracias, pues, a tan grata casualidad, fui amiga de uno de los médicos más eminentes del mundo, que me honró pidiéndome consejos respecto de la esterilidad de su única hija.

Es tarde y me despido. La doctora me da un retrato que ofrezco aquí a los lectores. Antes de marchar le pido el secreto de su juventud, de su salud.

—Nada más que régimen. Yo no consumo drogas, pero no me alimento casi sino de leche y harinas. Comenzaba a padecer de arterio escleriosis. Todo desapareció con el régimen.

Pienso que el tratamiento es mucho más difícil que el ingerir drogas. ¡Son tan sabrosas las golosinas!, y de vez en cuando es tan bueno envenenarse con la pequeña delicia de un cock-tail. ¿No es cierto, lectoras?

M.

(Continuación de la página 3)

UNA INTERESANTE CONVERSACION CON GRETA GARBO.

matográficas que se publican estaban sobre la mesa de su pequeña biblioteca y entre ellas estaba CINELANDIA por supuesto, aunque no conoce el idioma español. En el estante donde guarda cuidadosamente sus libros hay muchas obras cuyos títulos en escandinavo no significan nada para mí. Toca un poco el piano y me imagino que podría cantar muy bien si hiciera un esfuerzo. En sus representaciones prefirió interpretar partes en dramas modernos y la parte que actuó con más gusto fué la que interpretó en "A Woman of Affairs".

La Garbo no usa nunca *make-up* ni cuando sale a la calle ni en la noche, y el único cosmético que usa es un poco de color en sus labios. Sus gustos femeninos no son muy exquisitos y detesta los pequeños y delicados adornos del tocador y almohadillas de seda, listones y encaje. Casi siempre viste en traje de estilo sastre, pero tiene unos trajes de noche y salidas de teatro para bailes y funciones de etiqueta que son una joya por su elegancia y riqueza. Uno de esos trajes estaba sobre el canapé en su alcoba, cuando fui por mi abrigo y sombrero, los que me había quitado Greta para hacer me sentir más cómoda. La doncella había estado poniendo una perlas que se le habían caído, pues había una aguja prendida en el talle del vestido deteniendo una perla. Era un traje de terciopelo blanco, bordado de perlas y su salida de noche era del mismo material, forrada de tela de plata y terminada al cuello con una piel de zorro blanco.

Después de la cena, escuchamos algunas piezas de Jazz, de cuya música es muy afectuosa; esta música nos llegaba de

(Continúa en la pág. 19)